

UNA SONRISA TRAS LA TAPIA

Raúl Follerau solía contar una historia emocionante: visitando una leprosería en una isla del Pacífico le sorprendió que, entre tantos rostros muertos y apagados, hubiera alguien que había conservado unos ojos claros y luminosos que aún sabían sonreír y que se iluminaba con un «gracias» cuando le ofrecían algo. Entre tantos «cadáveres» ambulantes, sólo aquel hombre se conservaba humano. Cuando preguntó qué era lo que mantenía a este pobre leproso tan unido a la vida, alguien le dijo que observara su conducta por las mañanas. Y vio que, apenas amanecía, aquel hombre acudía al patio que rodeaba la leprosería y se sentaba enfrente del alto muro de cemento que la rodeaba. Y allí esperaba. Esperaba hasta que, a media mañana, tras el muro, aparecía durante unos cuantos segundos otro rostro, una cara de mujer, vieja y arrugadita, que sonreía. Entonces

el hombre comulgaba con esa sonrisa y sonreía él también. Luego el rostro de la mujer desaparecía y el hombre, iluminado, tenía ya alimento para seguir soportando una nueva jornada y para esperar a que mañana regresara el rostro sonriente.

Era -le explicaría después el leproso- su mujer. Cuando le arrancaron de su pueblo y le trasladaron a la leprosería, la mujer le siguió hasta el poblado más cercano. Y acudía cada mañana para continuar expresándole su amor. «Al verla cada día -comentaba el leproso- sé que todavía vivo.»

No exageraba: vivir es saberse queridos, sentirse queridos. Por eso tienen razón los psicólogos cuando dicen que los suicidas se matan cuando han llegado al convencimiento pleno de que ya nadie les querrá nunca. Porque ningún problema es verdadero y totalmente grave mientras se tenga a alguien a nuestro lado.

Por eso yo no me cansaré nunca de predicar que la soledad es la mayor de las miserias y que lo que los demás necesitan verdaderamente de nosotros no es siquiera nuestra ayuda, sino nuestro amor. Para un enfermo es la compañía sonriente la mejor de las medicinas. Para un viejo no hay ayuda como un rato de conversación sin prisas y un poco de comprensión de sus rarezas. El indigente necesita más nuestro cariño que nuestra limosna. Para el parado es tan necesario sentirse persona trabajando como el sueldo que por el trabajo le pagarán.

Y, asombrosamente, la sonrisa -que es la más barata de las ayudas- es la que más tacañeamos. Es mucho más fácil dar cinco duros a un pobre que dárselos con amor. Y es más sencillo comprarle un regalo al abuelo que ofrecerle media hora de amistad.

¡Todo sería, en cambio, tan distinto si les diéramos cada día una sonrisa de amor desde la tapia de la vida!

José Luis Martín Descalzo



SOPORTAR LOS DEFECTOS DEL PRÓJIMO

Algunas veces puede resultarnos difícil tolerar los defectos, peculiaridades o dejadez de los demás y fácilmente podemos estar inclinados a sentir frustración e ideas de enojo y molestia. Para contrarrestar tales tentaciones nos ayudará el considerar que los demás tienen que sufrir nuestros defectos, hábitos y descuidos. Una actitud benevolente de amor paciente e indulgente y un poco de sentido del humor, pueden ayudarnos mucho.

Las peculiaridades e incluso rarezas de los otros pueden provocarnos una sonrisa o pueden molestarnos, ello depende de la actitud que queramos adoptar. El tener una actitud positiva y sana no es siempre fácil, porque las irritantes peculiaridades de los demás pueden llegar a resultar muy enojosas, sobre todo si las molestias son frecuentes o intempestivas.

Aun así la solución continúa siendo la misma: una benevolente actitud positiva. Santa Teresa de Lisieux (santa Teresita del Niño Jesús), en su autobiografía, nos da espléndidos ejemplos de cómo enfrentarse con estas pequeñas pero mortificantes molestias que se presentan una y otra vez en la vida de comunidad, no debidas a mala voluntad de alguien sino provocadas por descuido y falta de consideración.

UNA BUENA INFLUENCIA

Bartolomé Longo nació en Latino (Italia) el 11-2-1841 y su religiosidad se enfría al estudiar Derecho en el clima antirreligioso de la Universidad de Nápoles, pero la influencia de un sacerdote le devuelve el espíritu de fe. Preceptor de los hijos de la condesa Mariana de Fusco y administrador de sus bienes, contrae matrimonio con ella y deciden ambos esposos guardar continencia.

Erige el santuario de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya y lo convierte en foco de gran devoción a la Virgen María y concretamente de la devoción del santo rosario, así como centro de obras sociales, ayudándole los Hermanos de La Salle y las Hijas del Rosario, congregación que el propio Bartolomé funda. Sobrelleva dificultades y problemas con gran fortaleza de espíritu. Murió en Pompeya el 5-10-1926. Beatificado el 26-10-1980.

Ana Frank, una muchacha judía, permaneció la mayor parte de su corta vida escondida de los nazis, en un pequeño apartamento de Amsterdam, para por fin perecer al caer en sus manos. En su Diario escribió esto:

«Es maravilloso que no haya abandonado mis ideales, por muy absurdo e imposible que parezca el llevarlos a cabo. Sin embargo, los mantengo porque, a pesar de todo, aún sigo creyendo que la gente tiene un buen corazón. Simplemente, no puedo fundar mis esperanzas sobre una base de odio, miseria y muerte. Veo que el mundo avanza, gradualmente, hacia un desierto; escucho, cada vez más cercano, el trueno que también nos destruirá a nosotros; siento los sufrimientos de millones de personas y, sin embargo, si miro al cielo, pienso que todo se va a arreglar, que esta crueldad terminará, y que volverán la paz y la tranquilidad. Mientras tanto, mantendré mis ideales, pues quizá llegue la hora en la que pueda ser capaz de llevarlos a cabo».

¿QUIÉN FUE S. PABLO?

Lo que sabemos de él nos lo refiere él mismo en sus cartas y también el libro de los Hechos. Nació en Tarso de Cilicia, judío de la tribu de Benjamín (Rm 11,1). Ignoramos la fecha exacta de su nacimiento, pero sería unos diez años más joven que Jesús. Ciudadano romano por nacimiento, lo que hace suponer que pertenecía a una familia bien situada. Junto con su nombre judío: Saulo (=Saúl), tenía el romano de Paulus (=Pablo). Sabía el griego, la lengua internacional del momento, y estaba también familiarizado con la filosofía y cultura helenísticas. Aprendió el oficio de tejedor de tiendas, que practicará en su vida de apóstol.



De su familia sólo sabemos que tenía una hermana casada, cuyo hijo prestó un buen servicio a su tío en situación difícil. Estudió en Jerusalén como discípulo del fariseo Gamaliel.

En Jerusalén estaba cuando Esteban es martirizado. Emprende entonces una sañuda persecución contra los cristianos. Poco después, a las puertas de Damasco, es sorprendido por el Señor, al que se convierte plenamente. Actúa en Damasco y se retira a Arabia. Tras breve estancia en Jerusalén se retira a Tarso su patria. De allí le trae Bernabé a Antioquía de Siria. Actúa en este centro de apostolado y, tras nueva visita a Jerusalén, decide emprender el primer viaje apostólico entre los paganos. Es encarcelado dos veces. Muere en Roma el año 67.

Junto a estos datos biográficos, tanto el libro de los hechos como sus Cartas nos ofrecen también un vivo retrato de su personalidad. Pablo es un hombre apasionado, que se entrega en cuerpo y alma a un ideal religioso: primero a la causa judía, creyendo que el cristianismo es un movimiento subversivo, y después a la causa de Jesús.

Muchos se preguntan por su físico. De los textos bíblicos no se puede sacar nada en limpio. Las descripciones que de él se hacen en escritos o que aparecen en reproducciones iconográficas no siempre son coincidentes, si bien se suele aludir a su baja estatura, más bien calvo, barba en punta, sugiriendo su rostro la figura de un cono o de una pera invertida. Y también se preguntan por su salud. En la carta a los Gálatas habla de una enfermedad sufrida estando entre ellos (Ga 4, 15). Y en la carta a los Corintios se refiere a algo crónico que le aqueja. Se han sugerido infinidad de hipótesis; lo más sensato es decir que no sabemos de qué sufriría. Algo que, sin embargo, no le impidió recorrer miles de kilómetros, afrontar naufragios, torturas, hambres, vigilias, fríos y toda clase de calamidades.

Pablo era un hombre culto; no sólo había obtenido una formación rabínica a los pies de Gamaliel, sino que había adquirido también una cultura helenística en su ciudad de Tarso. Ciertamente que él no presumía de esa cultura a la hora de adoctrinar a sus oyentes, pero a pesar de la espontaneidad con la que escribe, similar a la que le caracterizaba cuando hablaba, en el fondo actúa una mente bien estructurada y un corazón apasionado que expone con entusiasmo lo que piensa y siente.

El pan que tienes de reserva se lo debes a los hambrientos;
la ropa que guardas en el armario se la debes al hombre desnudo,
los zapatos que se pudren en tu casa son del descalzo;
el dinero que tienes guardado pertenece al necesitado.
¡Cometes tantas injusticias cuantos necesitados hay a los cuales podrias dar algo!

San Basilio

DESDE EL CIELO CON AMOR

Fue un momento histórico en la Tecnología del Espacio. El 21 de julio de 1969, al poner pie en el Mar de la Tranquilidad de la Luna, el astronauta Nell A. Armstrong exclamó: «Este es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad». Desde entonces, el hombre ha profundizado más y más en el espacio exterior, exploración que aún continúa.



Las naves espaciales nos han proporcionado bellas y reveladoras fotografías de la tierra. Los satélites nos han sacado «primeros planos», ayudándonos a predecir ciclones, terremotos, inundaciones... Sin embargo, las mejores cámaras

sólo son capaces de captar la apariencia externa de las cosas. Pero el ojo y la mente humanos son capaces de sondear las profundidades del corazón humano. Y, en un grado infinito, es lo que ocurre con el «ojo y la mente» de Dios.

Hace dos mil años, Dios «se fijó» en el estado del mundo y del corazón humano, y decidió que ya era tiempo de enviar a su Hijo a redimir la humanidad y la creación entera. Hubo un momento en la historia, en el que nació el Hijo de Dios. ¡Un pequeño niño, una gigantesca revolución para la humanidad! Su nacimiento hizo que la humanidad pudiera internarse más y más en el espacio interior; una exploración que no acabará jamás.

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea no perezca, sino que tenga vida eterna. (Juan 3, 16)

Hedwig Lewis

No digas todo lo que sabes, no hagas todo lo que puedes, no creas todo lo que oyes, no gastes todo lo que tienes.

Porque el que dice todo lo que sabe, el que hace todo lo que puede, el que cree todo lo que oye, el que gasta todo lo que tiene, muchas veces dice lo que no conviene, hace lo que no debe, juzga lo que no ve y gasta lo que no puede.

Es un proverbio árabe. ¿Te gusta?